

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

S. Lázaro Ob

DE LA PENINSULA.

MANRESA 5 de noviembre.—

Sin duda sabrán vds. que el escelentísimo señor baron de Meer por medio de una ingeniosa operacion engañó completamente á los facciosos y sin disparar un tiro llegó el convoy á Solsona; de esta salió para Cardona, dejó abastecida tambien la plaza y cargando todas las acémillas de sal va á llegar cuanto antes de vuelta á esta.

El tigre y cobarde *gabacho* *Espagne* viendo que no puede nada cara cara con el valiente baron de Meer, está organizando dos compañías de cazadores, distinguidas tan solo para hacer fuego al capitan general. Tales son los sentimientos de este picaro francés, que de la ciudadela de Lila, en Francia, nos le enviaron para que acabara de ser el oprobio de la civilizacion, de la honradez y de la humanidad.

Se ha sabido que este traidor ha mandado hacer algunas docenas de escalas, amagando dar un golpe de mano á algun punto fortificado. Veremos hasta donde llegan sus baladronadas.

VALENCIA 10 de noviembre.—

El telégrafo de Murviedro dice á las nueve de la mañana que el general en jefe se dirigió ayer para Alcora con las dos divisiones.

A las diez y media: Que en los Hostales de Puzol se hallan 40 caballos facciosos y va á salir una partida á la Calderona.

El comandante militar de Liria en oficio fecho á las tres de la mañana participa que á las siete y media de la noche llegó á Losa la faccion de Arnau; y por relacion conteste de varios transeuntes se sabe que dicha faccion ha entrado á las cinco de esta mañana en la villa de Liria, cuyo fuerte habia roto el fuego contra la canalla.

En este momento (las doce) se recibe parte de que los facciosos se han retirado hácia la Calderona despues de haber permanecido en aquel punto como una hora.

Unos amores de

PROVINCIA.



(Continúa.)

No le permitió su inquietud aguardar hasta el dia siguiente para cercionarse de la desgracia que se temia. En la entrevista que tuvo con su prima amontonó preguntas sobre preguntas, y las repuestas, y las preguntas evasivas que arrancó de la boca de la jóven el temor de afligirle fueron para el una prueba de dolorosa certeza; sin embargo, se reforzaba todavia por dudar. ¡Tan penoso es abandonar ilusiones que largo tiempo se acariciaron! Había Edmundo envainado para siempre su espada en el último campo de batalla, formando deliciosos proyectos de futura fecilidad, y todo lo veia disiparse como el humo. Con este tropel de pensamientos que agitaban su ánimo pasó el dia siguiente á la quinta, donde regularmente comia todos los dias, y conociendo que necesitaba de mucha calma para hacer el papel que se habia propuesto, procuró poseer se á si mismo, para lo cual le ayudó la firmeza de su caracter, por manera que cuando se presentó reinaba la serenidad en su rostro; al paso que adentro duraba todavia la tormenta: con estos todos se equivocaron: solo á Enriqueta no se le ocultaba su padecer; porque habiendo estado largo tiempo en el secreto de su pasion, sabia cuan profundas eran sus raices.

La comida fué triste y molesta porque por desgracia solo se habló de politica. El señor de Fierval, que en cierto modo dominaba allí no dejó de sacar á plaza su acostumbrado tema, hablando largamente de la familia real, y asegurando con ella volvia á Francia la edad de oro. Todos los comensales se mostraron enternecidos; y el Sr. Du-Parc, que pocos días antes ha-

bia ensanchado extraordinariamente su escarapela blanca, lloraba de ternura y de admiracion, solo Edmundo tomaba, al parecer muy poco interés en la conversacion, y para él toda aquella profusion de elocuencia era cosa perdida; más esto no le tenia cuenta al Sr. de Fierval, que trataba de hacer un prosélito. Resentido por verle tan indiferente á su panegirico, le acometió directamente con un tono agridulce que procuró suavizar.

Capitan, le dijo, vd. no está al corriente de la moda con respecto á la cinta que lleva en el hojal de su frac. Hace algun tiempo que se le añade una listita blanca en la orilla. Nosotros los provinciales, contestó, sonriendose el oficial, estamos atrasados en las cosas bonitas, y yo especialmente; porque esta cinta y perdoneme la moda, me gusta así como está.

—En este caso yo lo siento por vd., caballero... aunque estoy seguro de que tiene mejores sentimientos y no quiere manifestarlos.

—Yo creia que los sentimientos nada tenían que ver con la moda.

—Vd., amigo, quiere hacerse el desentendido; Vd. sabe muy bien que yo hablo de sentimientos realistas, que en el dia reinan en todos los corazones franceses.

—Caballero, siento mucho no ser de su opinion, pues me parece que la dá vd, demasiada latitud.

—Vd. querrá decir sin duda que el ejército ha manifestado alguna simpatia en favor del hombre que le lisonjeaba conduciéndole al matadero; pero el ejército no es la Francia.

No seguramente, añadió Oscar, el ejército era un miembro agangrenado y han hecho muy bien en cortarle.

Púsose muy encendido el capitan y echando una mirada de indignacion al imprudente interlocutor; caballero, le dijo, yo pertenezco á él.

Tanto peor para vd. contestó Os.

car con desenfado.

Celebró el cura con grosera risa esta insolente salida. Amelia bajó los ojos, y consternación espresaron los de Enriqueta, que vió la significativa mirada que echó Edmundo á su atrevido rival, cuya sardónica sonrisa y el color que le salió á la cara dieron á conocer que la habia comprendido. Por lo que toca al capitán, recobró inmediatamente cierta calma que impidió que se descubriese su pensamiento, y con hacer el señor Du-Parc la señal de pasar á la sala del café puso término á una situación muy penosa para algunos de los circunstantes.

A la comida debia seguirse un baile. Para obsequiar á sus huéspedes el amo de la casa habia convidado á las personas mas distinguidas del distrito, y así no bien se habian levantado los manteles cuando ya empezaba á oirse el ruido de las carretelas de los que acudian á la función; de suerte que al momento quedó llena de gente la sala en las provincias hay mucha puntualidad en esta clase de diversiones. Se presentan tan pocas ocasiones para salir de la monotonía, que un baile es un acontecimiento notable, y nadie quiere privarse de los placeres que proporciona. Con impaciencia le aguardaba Oscar: pues para él era un día de triunfo. ¡Que de estragos iba á causar entre aquellas citadas jovencillas! Y eran tantos en su imaginación que ya casi tenia remordimientos. Con todo, á pesar de estar convencido de su superioridad, nada omitió cuando creyó que podia facilitarle conquistas. Su peinado era del mejor gusto: empleó las maneras mas seductoras; sus miradas, sus palabras y su sonrisa todo era estudiado. Con efecto llamó por el pronto la atención; le rodeó en seguida un número considerable de jóvenes, y empezaron despues los cuchicheos que por último se convirtieron en sonrisa de mofa.

Ponia Amelia todo su conato en observar el efecto que producía en la reunión su nuevo galán, y como no carecia de penetración, no tardó en conocer las maliciosas disposiciones de los concurrentes, con lo cual comenzó á sospechar si todos aquellos modales que la habian seducido no serian sino resavios de una necia fatuidad, y desde entonces entró en su ánimo una ráfaga de confusión y arrepentimiento. Casi aislada en un baile, en el cual no dejaba de ser la reina, pasó á reunirse á un grupo de gente alegre en que

brillaba Enriqueta, y de donde salían risotadas, que aunque se trataba de reprimir se repetían siempre que Oscar se esforzaba por ensayar alguna nueva gracia. Acogieronla todos con distinción pero cesó al instante el bullicio. Comprendió Amelia la causa, y su pesadumbre fue el primer castigo que sufrió de su inconstancia. Inútilmente se lastimó de ella Enriqueta, y todas sus demostraciones de amistad no pudieron disipar su tristeza, que se aumentó con una fría mirada que le dirigió Edmundo.

En esto ya estaba la noche muy adelantada y el salón casi desierto, cuando habiendo observado Edmundo que el médico su tío daba la mano á su hija Enriqueta para marcharse, se acerca á Oscar diciendole de quedo algunas palabras que nadie pudo comprender. Púsose muy erguido el galán, y con voz sonora que llamó la atención de todos le contestó: Si iré, caballero; ¿y cuales han de ser las armas? Miróle Edmundo de pies á cabeza con aire de desprecio y le volvió las espaldas.

Continuará

No siempre LO PEOR ES CIERTO.

NOVELA.

“Y á causa de este milagroso combate y vencimiento recibió el nombre de Israel, que se interpreta, y quiere decir, fuerte contra el Señor, y sus descendientes se llamaron Israelitas...”

—Abuela, dijo Ines bostezando, yo no entiendo como pueda ser bueno llamarse fuerte contra el Señor.

—Sigue niña leyendo, y déjate de interrupciones ni sutilezas.

“Despues de este prodigioso suceso llegó Jacob á casa de su tío Laban, á quien sirvió siete años consecutivos para conseguir que le diese á su prima Rebeca por esposa. Pero Laban, cumplido el plazo le dió por muger á Libia y no á Rebeca, por lo que el santo patriarca que amaba á esta y no á la otra, tuvo que sugetarse á siete años mas de servidumbre.

—Debería Libia ser muy fea y Rebeca muy hermosa, volvió á decir Ines interrumpiendo su lectura.

—Así sería, contestó la abuela.

—Una cosa pienso yo, añadió Ines, y es que si todos los hombres hubieran de pasar catorce años pa-

ra conseguir casarse con la muger que les gustaba, nos quedaríamos todas sin casar. Mire V., yo tengo ahora diez y siete años y si esto sucediera tendria, cumplido el plazo, 31, y acaso el mismo que me pretendia no me querría ya por que sería vieja, y por consiguiente fea y ridícula.

—Niña, niña, exclamó la abuela herida en extremo de la observación de su nieta, ¿qué modo de hablar es ese? Vieja una muger de 30 años! Vaya! Tú si que eres una muñeca sin juicio.

—Ay! perdone V. abuela; no he sabido lo que decía.

Y agarrando Ines el tomo en folio que habia dejado en mal hora, y que era el antiquísimo *Flos Sanctorum*, se puso á leer con la mayor volubilidad y premura con el objeto de que su abuela olvidase la imprudente consecuencia que de su lectura habia deducido. La vieja siguió sin embargo murmurando entre dientes, y solo detuvo su entado para darle otra dirección enderezando á su nieta un nuevo apostrofé.

—¿Cómo estás leyendo niña? ¿Qué tarabilla es esa? Mas despacio.

—Si señora.

Continuó Ines leyendo por espacio de medio cuarto de hora la vida del patriarca Jacob con la venta de su hijo José, ida de este á Egipto, aventura de Putifar, sueños de Faraon, y todo lo demas que refiere el citado libro, hasta que no pudiendo mas lo dejó caer, y dijo á su abuela con despecho:

—Este libro es muy santo y muy devoto, pero muy fastidioso.

—Inesita, Inesita ¿qué mala yerba has pisado esta tarde?

—Ninguna, sino que me canso de leer.

—No; preciso es que tengas algo, porque nunca te he visto tan inquieta y poco razonable.

—No, no tengo nada, dijo Ines con viveza.

—Pues vames, si no quieres leer, ponte á hacer labor hasta la hora de acostarte.

—Es que estoy muy cansada y quisiera dormir.

—Aun no son las ocho y media, es muy temprano.

Tuvo Ines muy á su pesar que ceder, y se puso á hacer labor poniendo un gestillo de mal humor que no se escapó á su abuela; la que segun costumbre empezó á pasar las cuentas de un rosario rezando sus devociones sin perjuicio de

hablar lo que ocurriese. Pasado algún tiempo el semblante de Ines se animó como si la ocurriese una idea, y preguntó de repente á su abuela.

—Diga V. ¿quien fué el padre de mi primo Anselmo?

Sorprendiose la buena anciana con tan inesperada pregunta y fijó los ojos en su nieta, como procurando indagar el grado de importancia que encerraba. Ines bajó los suyos ruborizándose, y la abuela respondió:

—Ya lo sabes; un hermano de tu madre que murió en las Indias.

—Ya, pero como él no lo ha conocido.

—Eso consiste en que se marchó dejándolo muy niño.

—Tampoco ha conocido á su madre.

—Murió cuando estaba Anselmo mamando.

—Y su padre vive aun?

—Se cree que murió tambien en Méjico.

—¿Con que segun eso no tiene mas pariente que mi padre?

—Tu padre, tú y yo. Y á fé que no tiene motivo para estar descontento, porque su tio ha tenido con él una conducta verdaderamente paternal. Ahora lo mantiene estudiando en Sevilla con todo decoro, y aun yo creo que el viaje de tu padre á Madrid tiene por objeto en parte los adelantos de Anselmo.

—¿Con que mi padre lo quiere mucho?

—No tiene dadas pocas pruebas de ello.

—Abuela, las nueve.

—Bien, vete á recoger.

El lector debe ya haber comprendido que Ines era una muchacha linda y atolondrada que dependía, al menos provisionalmente, de una abuela vieja, como todas, pero no tonta como muchas; pero lo que no comprenderá es que Ines era hija de un rico hidalgo andaluz, que tenía la mayor parte de sus bienes en uno de los pueblos inmediatos á Sevilla, que su primo Anselmo, huérfano, educado en la casa, quería estrechar el parentesco que á ella le unía, y que aquella noche debían verse los dos jóvenes en el jardin, ella burlando la vigilancia de la abuela, y él saliendo á cierta hora de Sevilla, y manteniéndose oculto hasta la de la cita. Tal era la causa de que Ines quisiese acabar la velada, y de que su inquietud é impaciencia no la permitiesen dar su atencion á nada.

Recogida en su habitacion esperó

sin desnudarse á que el general silencio la indicase que todos en la casa estaban entregados al sueño, y entonces con la mayor precaucion se dirigió aljardin tocando apenas sus pies al suelo. Abrió la puerta que á él daba, y cuya llave se habia proporcionado, y volviéndola á entornar con sumo tiento, echó una ojeadita que la descubrió entre los arbustos al primito Anselmo que la esperaba.

El lector no llevará á mal la supresion de una escena amorosa, en la que habria necesidad de repetir lo que tantas veces se ha escrito y dicho. Bástele saber que los dos jóvenes eran honrados, y solo deseaban unirse con los santos lazos del matrimonio, y que el honor de Ines descansaba seguro en su propio recato y en la probidad de Anselmo. Ambos amantes gozaban con el placer de verse, y de formar planes que facilitasen el logro de sus deseos.

En tanto no dormia la vigilante abuela, sino que se revolvia en su mente varias sospechas acerca de la conducta de Ines que habia suscitado la inquietud de esta en la velada y sus preguntas relativas á Anselmo. La buena anciana se acordaba de haber sido joven y recorrió en su imaginacion las astucias é inocentes engaños de las muchachas para burlar el cuidado de las madres, y cada vez que hallaba en sus recuerdos una semejanza, con lo que Ines habia hecho temblaba, no porque fuese opuesta á los amores é ilusiones de la juventud, sino por razones que no tardaremos en saber. Pensando en lo mismo subió de punto su desasosiego, y no pudiendo resistir mas se vistió apresuradamente en cuanto se lo permitia su edad, y fue á la habitacion de su nieta. Allí vió que sus presentimientos no la habian engañado, y como aquella casa habia sido testigo de sus primeros años, tambien adivinó por recuerdo la cita del jardin, al que se dirigió sin perder tiempo. La puerta, que estaba solo encajada, fué otro nuevo indicio, y ya la abuela no titubeó en marchar derechita á un merendero rodeado de árboles y arbustos; ella sabia por qué.

Los dos amantes estaban en lo mejor de su animada conversacion cuando vino á petrificarlos aquella nueva cabeza de Medusa. La sorpresa los dejó mudos. La abuela fue la primera que rompió el silencio diciendo con la mayor pesadumbre:

—¿Qué haceis, infelices?
Esta interpelacion era demasiado

extraña por la amargura con que fué pronunciada para que no trocarse la direccion de las ideas de los dos culpables que esperaban enfado seco y reconvencciones sencillas. Por lo mismo volvieron á mirar á la abuela con sorpresa, y la vieron hacer tales estremos de pesar, que Anselmo no pudo menos de decir.

—Señora, no veo motivo para afligirse tanto. Es verdad que sin duda hemos hecho mal, viniéndonos á solas, pero tiene V. demasiadas pruebas de mi honradez y de la virtud de Ines para temer lo mas mínimo por su honor. Ademas mis intenciones son tales que pueden confesarse abiertamente; yo deseo casarme con mi prima.

—Casarte con tu prima!

—Y porque no? dijo Ines ya mas sobre sí.

—Por qué? Porque no sois primos sino hermanos.

—Gran Dios! Esclamaron los dos jóvenes.

—Sí, hijos míos, añadió la abuela, es este un secreto que solo vuestro padre y yo sabemos y que las circunstancias me obligan á revelaros. Antes de casarse mi hijo con la madre de Ines hizo un viaje á Madrid y á su vuelta puso á criar un niño que eras tú, Anselmo, y como tuvo que valerse de mí para el cuidado y atencion que exigía, me refirió el suceso de sus amores que sería largo de contar, con la muerte inopinada de su amante, y entre los dos convinimos en esparcir la noticia que vosotros sabeis y que os hacia primos.

Cualquiera podrá figurarse la admiracion y pesadumbre que causó á nuestros amantes tan fatal nueva. Anselmo, sin embargo, pudo sobreponerse á sí mismo y saludar á Ines con el título de hermana; pero ella que en su natural viveza no podia acostumbrarse á la idea de perder un esposo aun ganando un hermano, le dijo con rabia.

—Anda que no te quiero por hermano: quitate de mi vista.

Esta salida que pareció incomprendible á Anselmo, y que era con todo muy natural terminó aquella desagradable conferencia, llevándose la abuela á Ines y volviéndose el estudiante á Sevilla un punto menos que desesperado. Acaso á nuestros lectores les parecerá muy fria esta separacion, y acaso tendrán á nuestros amantes por gente muy vulgar cuando sepan que ni Ines ni Anselmo se suicidaron ni pensaron un solo momento en tomar veneno, asfiarse con carbon ni darse nin-

gun otro género de muerte mas dulce o mas amarga. Es verdad que la una lloraba sin cesar y se desconsolaba á toda hora, y que él estuvo encerrado en su casa dándose al diablo mucho tiempo; pero no hubo catástrofe ni se pensó en ella; y aunque sintamos decirlo, y aunque esta circunstancia rebaje el mérito del acrisolado amor de ambos, es lo cierto que tal moderacion les estuvo muy bien, porque, no en vano hemos titulado nuestra relacion: *No siempre lo peor es cierto.*

Cinco dias habian pasado desde el suceso que acabamos de referir, cuando una mañana llegó de Madrid á su casa el buen D. Juan de Silva, padre de Ines y creído tal de Anselmo. No en valde le hemos llamado bueno, porque en efecto lo era, y por tal lo tenian todos los habitantes del pueblo de su residencia. Amaba á su hija con pasion, y así fue su primera pregunta el informarse de ella y pedir abrazarla. Pero no fueron pequeñas su admiracion y su pena al verla pálida, llorosa y desmejorada. Sentóla sobre sus rodillas, y con paternal solicitud empezó á inquirir su pesar; mas Ines solo respondia con sollozos y lágrimas, y no hubiera acertado á hablar si su abuela que estaba presente no hubiese salido á su favor, refiriendo en pocas palabras, despues de despedir á los criados que habian venido á saludar á su amo, todo el caso.

Oyolo D. Juan con atencion, y apenas hubo concluido de hablar su madre, cuando abrazó á su hija sonriéndose, y pronunció estas palabras, que fueron verdadero bálsamo para la amorosa llaga de Ines.

--Consuélate que Anselmo no es hijo mio; y aunque para que llegue á ser tu esposo haya que vencer algunas dificultades, se vencerán.

Imponderable fue la alegría de Ines al oír tales palabras: besó y abrazó á su padre con frenesí, y es por demas advertir que muy poco tardó el infeliz Anselmo en saber su dicha. Sin embargo, faltaba que el buen padre venciese las dificultades de que habia hablado, y cuya monta ignoraban los dos jóvenes; pero su temor duró poco tiempo, porque no tardó un mes en llegar el consentimiento del verdadero padre de Anselmo, que segun se supo entonces, era un poderoso magnate de la corte, que contrajo en su juventud un matrimonio clandestino, cuyo fruto entregó para mayor seguridad á su amigo, D. Juan de Silva, puestó que un padre orgulloso tira-

no y de mal gento como se estilaban en otro tiempo era enemigo temible de los matrimonios desiguales, y jamás hubiera perdonado á su hijo el que contrajo con una doncella honrada, pero escasamente noble, y solo rica en virtudes.

En tanto pues que le era lícito al padre de Anselmo reconocer á su hijo publicamente, pues el viejo aristocrata vivía todavia, aprobó su eleccion, dió su permiso para el casamiento, y aun hizo á la novia un gran regalo.

Quisiéramos describir menudamente las fiestas de la boda, pero tenemos el sentimiento de no poder hacerlo porque no se nos convidó á ella como hubiéramos deseado. Nos consta sin embargo que nada de particular aconteció en ella sino lo que cualquiera puede imaginarse; baste saber que los novios quedaron convencidos de que habian hecho bien en tener paciencia, por que *no siempre lo peor es cierto.*

EL ESTRABON.

(El Panorama.)

VENTA DE BIENES NACIONALES.

Por Decreto del Sr. Juez de 1.^a Instancia de esta Capital fecha de hoy, y en conformidad de la Real orden de 21 de Julio de 1836 ha dispuesto se proceda al 2.^o remate en venta de tres cercados de tierra de pan sembrar que forman un trozo ó cuerpo compuesto de 8 fanegadas 8 celemines 40 cinco sextes braza, sito en el pago de Geneto donde llaman Ofra que fueron del estinguido Convento de Santo Domingo de la Ciudad de la Laguna y habiendo tomado por tipo en el primer remate el valor capitalizado por la Contaduría del Establecimiento que fue de 6075 rs. 17 mrs. vn. resultó que la postura mas alta hecha á dichos cercados fue de 6500 rs. vn. que servirá de tipo para este segundo remate que se verificará el dia cinco de Enero próximo de las once á las doce de su mañana en las Casas Consistoriales de esta Capital ante dicho Sr. Juez y Escribania de D. Rafael Afonso de Armas, con asistencia del Comisionado principal de Arbitrios de Amortizacion ó persona que le repre-

sente, y citacion del Procurador Sindico.

Lo que se anuncia al público por medio de los periódicos de esta Capital para que las personas que deseen la adquisicion de la finca que se espresa puedan acudir á hacer sus proposiciones al parage señalado en el dia y hora que se citan.

Santa Cruz de Tenerife Diciembre 15 de 1838.—Francisco Diaz Leal.

OTRA.

Por decreto del Sr. Juez de 1.^a instancia de esta capital fecha de hoy y en conformidad del Real decreto de 21 de Julio de 1836 ha dispuesto se saque á 2.^o remate dos cercados de tierra de pan sembrar compuesto el 1.^o de 4 fanegadas 1 celemin 95 brazas y el 2.^o de 4 fanegadas 1 celemin 28 $\frac{2}{3}$ brazas, sitas en el Pago de Geneto donde llaman Ofra los mismos que pertenecieron al suprimido convento Dominicó de la Laguna; y habiéndose tomado por tipo del primer remate la capitalizacion de la contaduria de Amortizacion consistente en 5.400 rs., ascendió la postura mas alta hecha á la espresada finca á 6000 rs., cuya cantidad servirá de tipo para este segundo remate que tendrá efecto el dia 5 de Enero próximo de las diez á las once de su mañana en las Salas Consistoriales de esta Capital ante el dicho Juez de primera instancia D. Domingo Azcona y Calvo y Escribania de D. Rafael Afonso de Armas, con asistencia del Comisionado principal de Amortizacion, ó persona que le represente, y citacion del Procurador Sindico.

Lo que se hace saber al público por medio de los periódicos de esta Capital á fin de que las personas que quieran interesarse en la adquisicion de la espresada finca ocurran á hacer sus proposiciones al parage señalado en el dia y hora que se cita,

Santa Cruz de Tenerife Diciembre 15 de 1838.—Francisco Diaz Leal.

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANTE.